
Zonas imaginarias*

Hortensia Moreno

A mamá

Cecilia: ya son las cinco y media—. Escucha la voz de Marta; sin embargo, no puede despertar de inmediato. Algo la entretiene todavía del otro lado, en esos mundos innombrables que visita cada noche sin reconocerlos nunca; aunque ya empiezan a desaparecer las imágenes del sueño para dar paso a la penumbra fría de la habitación. Esta mañana le cuesta trabajo despertar, volver a sentir el cuerpo que yace debajo de las pesadas cobijas y sobre el colchón tal vez demasiado blando. Los brazos le pesan como si no fueran suyos; los párpados se niegan a dejar entrar la tenue luz que se filtra por la ventana desde el foco del alumbrado público. La sensación que aún predomina es la del sueño; como si despertar pudiera producir vértigo. Algo no quiere despertar y los instantes en esa frontera durante la cual aún no se tiene nombre ni se sabe la forma del espacio, los instantes se detienen, parecen interminables. Sin embargo, tiene que situarse de nuevo en el mundo de la vigilia aunque el sueño parezca todavía estar allí.

Siente un malestar que no puede atribuir a ninguna causa claramente identificable: conforme despierta, la memoria se niega a retener las imágenes de la pesadilla. Las imágenes escapan antes de que la joven ya despierta pueda preguntarse por el sueño, y como este sueño es ciego y no se deja interrogar, lo único que le queda es la incomodidad: un estado de ánimo malhumorado, cierta insatisfacción, la certeza de haber soñado algo muy desagradable sin el alivio que acompaña el despertar cuando la pesadilla permanece en la memoria y la podemos observar desde este mundo y alegrarnos de que todo haya sido un sueño (des-

*Este relato forma parte del libro *Adolescentes*, de próxima aparición.

pués de tantos peligros, nos reencontramos en nuestra habitación, entre la suave tibieza de las sábanas: todo está en su lugar). Sin ese alivio, incluso la habitación parece extraña.

Abre los ojos. La perra está dormida. Duerme a los pies de la cama de Cecilia y en los días de frío se acomoda en el hueco que hacen sus piernas dobladas por las rodillas. Siente ese peso que no la deja moverse. Piensa: "fuera de aquí, Dolly". Despierta para ir sintiendo que el malhumor es un regalo del sueño y no hay motivos para esta tristeza. "Fuera de aquí, perra". Empieza a moverse, como si fuera a salir de una escafandra, como si se quitara de encima una tonelada de tierra.

—¡Fuera de aquí, Dolly, vamos!

La perra se despereza, y ella cree ver brillar las pupilas amarillas, la cola, el movimiento del animal que salta al suelo: bosteza, extiende las patas, se estira; cree ver cómo sale disparada de la habitación cuando oye en el piso de abajo sonidos que le prometen alimento y agua. Cecilia quisiera dormir otro rato; pero sabe que ya es hora de levantarse. Tiene el tiempo preciso para llegar a clase de siete. Hay que levantarse ahora y meterse debajo de la ducha, a pesar del frío, a pesar de la pereza.

De un tiempo a esta parte, Marta entraba de vez en cuando a la recámara de Cecilia mientras ella se bañaba; a esa hora, Cecilia no se acordaba de su recién adquirida costumbre de echarle llave a la puerta. La llave siempre había estado ahí, pero no era sino hasta ahora que Cecilia la usaba; con ello convocaba un sordo malestar en la casa, pues ella era la única persona que gozaba del inverosímil privilegio de tener una recámara para ella sola: la casa sólo tenía tres. El día que se mudaron —Cecilia acababa de cumplir seis años— a ella, la única hija, se le destinó la tercera recámara (como era lógico) pues habría de crecer y ya no sería conveniente que compartiese el espacio con sus dos hermanos mayores, ambos varones, como lo había hecho en el pequeño departamento en que habían vivido hasta entonces.

La mayor parte del malestar la resentía Marta; la actitud de Cecilia le parecía egoísta y retardadora. ¿Quién tenía autoridad suficiente en esa casa para negarle a esa muchachita mimada el derecho de cerrar su cuarto? Nadie; Marta podía protestar, pero era cierto que ese espacio le pertenecía a su hija. Aunque su aislamiento le molestara en extremo, tenía que aceptar el uso de la llave como un hecho. Esa visita furtiva era

una velada declaración de principio. De esta manera se oponía a la voluntad de Cecilia, que quería reservarse un lugar para ella sola y reivindicaba así sus derechos sobre lo que llamaba "mi cuarto". Al principio, la frase era sólo una acotación; ahora se había convertido en una frontera.

Corre al baño y enciende la luz. La luz la deslumbra; cierra los ojos y la vuelve a apagar. Como todos los días, encuentra doblada sobre la tapa del excusado una toalla limpia. A tientas, la extiende y la cuelga del gancho en donde se seca la toalla que acaba de usar su madre. Orina con alivio y vuelve a cerrar los ojos para recuperar, al fondo de la conciencia, algún sonido que le reviva ese ambiente azul y esa sensación de volar, de caer desde una altura muy grande. De nadar, de flotar, de bucear en una sustancia espesa.

Abre la llave del agua caliente. De la regadera empieza a caer una lluvia helada. El agua se tiembla lentamente. Cecilia mete la mano bajo el chorro y siente cómo poco a poco se va entibiando y se vuelve un elemento acogedor. Mete ahora el brazo y lentamente se anima a mojarse el hombro y el pecho y luego se mete toda debajo del agua caliente y deliciosa.

Cuando era muy pequeña aprendió de qué estaban hechas las nubes; en el libro de Ciencias Naturales de segundo de primaria había unos dibujos que explicaban el ciclo de la lluvia. Al lado de la playa y los manantiales, una ilustración mostraba un paisaje; del lado derecho estaba lloviendo y del lado izquierdo todavía no empezaba a llover. A la mitad del dibujo una raya marcaba con toda precisión el límite entre la tierra mojada y la seca. Con el tiempo se había dado cuenta de que esa delimitación era imposible, pero cada vez que empezaba a llover seguía buscando esa raya en el suelo.

Toma el jabón y lo frota en el estropajo. La ducha es como una lluvia caliente que llueve desde una nube de caricatura con minúsculos relámpagos y truenos. Cierra las llaves del agua y se enjabona rápidamente antes de que el frío le acalambre los músculos debajo de la piel mojada. Deja una vez más libre el paso del agua caliente y se enjuaga la tersa caricia de la espuma: el cabello, cada uno de los pliegues de ese cuerpo que ya se le ha vuelto costumbre en la ceremoniosa costumbre del baño. Luego se envuelve en la toalla limpia y se deja enfriar en la nostalgia de

la infancia que siempre siente después de bañarse cuando hace frío.

Como Cecilia había convertido su cuarto en su guarida, era en esas visitas matutinas cuando Marta se enteraba de pequeños detalles que le daban pistas para tratar de entender a su hija —aunque muchas veces tales detalles no hicieran sino confundirla todavía más. Conservaba así su estatus de legítima propietaria de la casa y de madre de la niña, sin convocar un estallido de ira que podría terminar en guerra doméstica.

Hasta hacía pocos meses, para Marta la recámara de Cecilia había sido siempre terreno abierto. Cuando la joven comenzó a cerrar con llave, Marta supuso que su hija adolescente sólo quería preservar sus cosas de las miradas de sus hermanos porque esos dos muchachos eran unas bestias peludas que durante la infancia y sin ninguna piedad habían degollado sus muñecas y habían expuesto a la burla familiar sus juegos y sus secretos. No podía entender por qué Cecilia ya no quería que entrara *nadie* a su cuarto, ni siquiera ella, su propia madre.

Durante unos instantes, al transitar por el pasillo que comunica el baño con su recámara, en su memoria reviven las incomprensibles imágenes del sueño. Más que imágenes, sensaciones. Más que sensaciones, estímulos deshilvanados que se le escapan en cuanto trata de reunirlos como unidad coherente. En pocos minutos incluso esos resplandores desaparecerán por completo de su memoria; y más adelante, conforme avance el día, de su conciencia, aunque ella trate tercamente de retenerlos, como si en los restos de un sueño olvidado se pudiera encontrar respuesta a las preguntas urgentes.

Enciende la luz de la recámara para iniciar ese otro rito diario que es untarse crema en la cara y en las manos para que no se le parta la piel con el viento helado. (Cuando era muy pequeña, recuerda, esa delicada piel se le lastimaba tanto con el frío que llegaba a sangrar. Su madre le frotaba las mejillas y el dorso de las manos con una mezcla de glicerina y limón; el remedio era eficaz, pero ardía.) Buscar en el cajón del roperito la ropa interior limpia, vestirse, peinarse, mirarse en el espejo.

¿Fue anoche cuando habló con él? Sí, fue anoche. Entonces es por eso que está triste. Fue anoche cuando sonó el teléfono tres veces y antes de que ella pudiera llegar a contestarlo ya lo había agarrado su hermano

y estaba preguntando el “¿de parte de quién?” de rigor. “Es para ti”, había dicho dirigiéndose a Cecilia con una sonrisa burlona en la boca.

¿No será mejor dejar de pensar en él? Dejar de pensar en ese muchacho de cabello rizado que no le gusta nada a Marta. Marta ya no tendría que preocuparse más por él: anoche llamó por teléfono para despedirse de Cecilia. Regresa a su casa de provincia donde tiene una novia con la que habrá de casarse tarde o temprano. A Cecilia no va a verla más. ¿No será mejor dejar de pensar en eso? Elegir cualquier otro pensamiento: por ejemplo, lo mucho que le gusta la clase de historia.

Hacía meses que tenían problemas. Marta encontraba impropio que Cecilia hubiese convertido su hermosa recámara de niña en el espantoso tugurio que era ahora. Que hubiese quitado todos los cuadritos de flores y animales con que ella había decorado las paredes rosas. Que hubiese pintado esas paredes de color morado sin pedirle autorización, y que luego las hubiese tapizado con fotografías de rocanroleros recortadas de las revistas. Que hubiese tapado la ventana que daba al jardincito con una espesa cortina de color oscuro y que le hubiera puesto a la pantalla de la lámpara una cubierta roja. Todo eso era impropio, pero tolerable.

Lo que era intolerable era el desorden y la mugre. Y con eso Marta no quería transar. Pero tampoco se trataba de que todo el trabajo le tocara a ella; ya tenía bastante con el resto de la casa. De manera que los sábados, día de limpieza general, entraba desde temprano al cuarto de Cecilia con un pañuelo amarrado en la cabeza, la aspiradora con todos sus aditamentos y varios trapos de sacudir.

—¡Ándale, levántate que ya son las ocho!

Cecilia disfrutaba de manera especial el sueño dilatado de las mañanas de fin de semana. Eran los únicos días en que podía dormir hasta las diez o las once o las doce del día. Excepto por el afán de orden y limpieza que su madre enarbolaba en la figura de un plumero multicolor encima de sus orejas.

—Ándale, Cecilia, que abajo de esa cama ya debe de haber ratones.

Un sábado, Cecilia no se levantó. De nada valieron aspavientos y reconvenciones: quería dormir y estaba decidida a ganarse ese derecho costara lo que costara.

—Por favor, mamá, hoy es sábado.

—Por eso: hoy es el único día en que puedes limpiar tu cuarto.

—Prefiero dormir— contestó Cecilia y metió la cabeza debajo de las cobijas.

Al siguiente sábado, Marta encontró la puerta cerrada. Se quejó con Manuel; pero él sentía por su hija una enorme debilidad. Toda la energía que había utilizado para educar a los hombres se había convertido en suavidad con ella.

—Déjala, ya se le pasará. Además tiene razón: ¿qué caso tiene levantarse tan temprano si hoy es sábado?

Fue así que el uso de la llave se convirtió en algo más que un señalamiento territorial. Y aunque Marta arguyó en contra, nadie más en la casa encontró demasiado anormal que una muchacha de dieciséis años cerrara su cuarto con llave.

Al tiempo que termina de arreglarse frente al breve espejo de su roperito de niña se pregunta si habrá sido otra vez el sueño de los planetas. Aquella lección en la primaria donde explicaban el día y la noche también le había dejado una huella profunda: la inacabable sorpresa de saber que la tierra era redonda y que flotaba en el universo alrededor del sol y al lado de otros astros igualmente redondos y flotantes. La sorpresa sin límites de su movimiento giratorio que daba lugar a la sombra nocturna y a la luz diurna. Cecilia se quedaba suspendida ante el grabado del libro donde aparecía un paisaje de horizonte curvo con un fondo negro a la izquierda donde brillaban la luna y las estrellas, y un fondo luminoso a la derecha donde brillaban el sol y las nubes. En el medio, una línea que delimitaba perfectamente la luz y la sombra. El área soleada estaba separada sin transición de un mundo oscuro donde se asomaban pequeñas lucecitas y la gente dormía en casas de ladrillo.

Durante mucho tiempo, Cecilia se preguntó por qué no le estaba dado ver esa línea que en el libro se veía tan nítida y clara, y cada vez que se acordaba de buscarla, interrogaba los cielos de la tarde; pero el horizonte era recto y los pocos crepúsculos que había observado con atención habían sido graduales: la luz declinaba suavemente para dar paso a la entrada lenta de la oscuridad y no se veía nunca esa frontera entre los reinos del día y de la noche, sino una enorme zona intermedia, con todos los matices que van de la plena luz a la plena oscuridad. Durante mucho tiempo creyó que presenciaba alguna clase de crepúsculo

defectuoso donde los contrastes habían sido disueltos incomprensiblemente. "Otro día", pensaba, "otro día me voy a fijar".

El fin de la infancia fue seguramente el abandono de esa esperanza. Cecilia entendió que la raya del grabado era una metáfora, tan imposible como la sonrisa que le pintaba al sol en sus dibujos de niña: trataba sólo de representar la transición de una manera esquemática. No había líneas en el universo; sólo en los mapas —había aprendido en las clases de geografía de la secundaria. Ni siquiera el Trópico de Cáncer existía en sitio que no fuera nuestra imaginación. Sin embargo y sabiendo todo eso, Cecilia muchas tardes se sorprendía a sí misma buscando en el horizonte el límite de la luz y de la sombra.

¿Habrá sido acaso otra vez el sueño de los planetas? No. Esa pesadilla era su sueño más recurrente y siempre la despertaba. Estaba casi segura de que había tenido ese sueño antes de saber que la tierra era redonda y flotante. Enormes moles se precipitaban desde un más allá inubicable hasta el sitio donde ella estaba, sola, presintiendo la explosión. El pánico siempre la despertaba antes de que los planetas chocaran unos contra los otros, antes de que se acercaran lo suficiente como para verlos bien. Despertaba llorando a gritos, temblorosa, y Marta siempre estaba ahí para decirle que no se preocupara, que todo había sido un sueño.

Marta estaba enojada con Cecilia. En realidad, lo que estaba era preocupada. No. Estaba francamente enojada. Enojada por la preocupación: ¿por qué se había vuelto tan difícil tratar con esa niña? Los muchachos habían sido *siempre* intratables y, al final, Marta había aprendido cómo tratarlos. Paradójicamente, ahora eran sumamente amables, simpáticos. Se podía hablar con ellos a cualquier hora del día; siempre estaban disponibles. No había que esperar a que se pusieran de buen humor porque *siempre* estaban de buen humor. Inclusive de muy buen humor y hacían bromas y chistes y una se podía reír con ellos porque eran divertidos y estaban contentos: les gustaba la comida, les gustaba la música que Marta oía en el radio y cantaban con ella; les gustaban las blusas que Marta se confeccionaba y le decían: "¡qué bonita estás hoy, mamá!" en cuanto se les presentaba la ocasión. En cambio Cecilia. . . No había manera de hablar con ella. Contestaba con monosílabos, si acaso se dignaba a contestar. Mascullaba: "bien", "sí", "no", o simplemente se quedaba callada como si no hubiera escuchado.

¡Y pensar que había sido una niña tan encantadora! La más dócil, sonriente y bonita de todas las niñas del vecindario. Marta le hacía vestidos en colores pastel llenos de volantes y la peinaba de trenzas; y ella estaba siempre limpia, quietecita, con sus moños en la cabeza, como en la fotografía de estudio que le habían hecho a los cuatro años. ¡Se había vuelto tan huraña! ¿Desde cuándo se estaba comportando de esa manera? Era la adolescencia, sin duda. La edad de la punzada. ¿Por qué tenían que crecer?

A últimas fechas traía en la cabeza un montón de ideas raras. ¿De dónde sacaba esas ideas? ¿De esos amigos con los que andaba ahora? Marta no quería pensar mal, pero sospechaba eso. Cecilia era una muchacha muy susceptible. Era prácticamente una niña. No sabía nada de la vida. ¿Por qué se tenía que haber ido a encontrar precisamente con esos vagos sin oficio ni beneficio, esos buenos para nada, que no tenían otra ocupación que la de estar en la esquina tomando cervezas o vete tú a saber haciendo qué? Eso sí que le daba miedo. ¿Qué tal si fumaban mariguana o algo así? Nada más de pensar que a su hijita le fueran a ofrecer alguna droga, a Marta se le encogía el corazón. Los niños estaban expuestos a demasiados riesgos. ¿Qué hacer para salvarlos?

Manuel le había dicho: “No te preocupes tanto. Es una etapa. Cecilia es muy inteligente y sabe lo que le conviene. Yo confío en la educación que les hemos dado”. ¡La educación que les hemos dado! Pues sí, los habían educado de la mejor manera posible. Tal vez no siempre le habían atinado, pero ¿cómo hacer para no equivocarse? ¡Es difícil criar a tres niños! Y Marta no siempre había tenido tiempo suficiente. Pero Manuel tenía razón: los habían educado bien, les habían inculcado buenos principios. No era posible que ahora Cecilia los olvidara y echara a perder su vida nada más por las malas influencias. Aunque eso nadie lo podía asegurar. ¿Cómo estar seguros de que iba a ser enérgica e iba a decir que *no* en el momento en que se le presentara la oportunidad de probar algo nuevo, algo que le prometieran como una sensación diferente, extraordinaria?

Baja los escalones de dos en dos y mira el reloj de la estancia: las seis y dos. Sus libros y cuadernos están sobre la mesa del comedor, tal y como los dejó anoche. Los acomoda en su morral. No quiere llegar tarde: el maestro de física es siempre puntual. Es una lástima que sea

tan imbécil. Cecilia se dio cuenta de su estupidez desde la primera clase. A sus compañeros más listos les tomó una semana más; pero en el salón todavía hay muchos alumnos que no se han enterado (y probablemente nunca se enterarán) de que su charla vacía es solamente una manera de llenar el hueco del tiempo.

Sólo cumple con su obligación de mantener al grupo callado y quieto durante cincuenta minutos cuatro veces a la semana. Cincuenta minutos de un hablar mecánico que no dice absolutamente nada. Cecilia empezó a hacer una encuesta entre sus amigos, porque estaba un poco preocupada. “¿De qué se trató la clase?”, les preguntaba cuando salían del salón, inmediatamente después de que la clase había terminado. Porque para ella, la clase no se había tratado de ninguna cosa. No recordaba que hubiese algún tema, alguna idea desarrollada desde el principio hasta el final, alguna continuidad con lo que había escuchado la clase anterior. Solamente un tono afectado, una actitud profesoral, un montón de palabras raras. “No estoy entendiendo nada”, se decía Cecilia. “O se me está secando el cerebro o éste nos está tomando el pelo”. ¿Cómo averiguarlo? Sus amigos la miraban con desconcierto, sonriendo ante la pregunta.

—¿Qué pasó, te dormiste?

—No. Pero dime: ¿de qué se trató la clase?

—¿Acaso me estás examinando? —decía alguno un poco molesto.

—¡No! Es que yo no sé de qué se trató.

Algunos hacían un esfuerzo e intentaban hilvanar alguna idea.

—Se trató de la energía. . . de las leyes universales del Universo. . .

Cecilia comenzaba a reírse en seguida. Y poco a poco todos sus amigos iban llegando a la conclusión de que, en efecto, el maestro había hablado durante casi una hora (menos el tiempo que le tomaba pasar lista) sin dejar nada en claro.

—Nos está hipnotizando —decía Cecilia.

Y los demás comenzaban a olvidar el problema que no era, en realidad, un problema. Para muchos, la experiencia era idéntica a la de otras clases: entraban al salón, oían durante cincuenta minutos un montón de palabras que no les hacía ningún efecto, y luego salían un rato al sol antes de que empezaran los siguientes cincuenta minutos de palabras sin sentido.

Para Cecilia las otras clases sí tenían sentido.

—¡Se trató de física, la clase es de física! —contestaba alguien que ya estaba harto de la exigencia de significados claros y distintos con que Cecilia vivía cada uno de los instantes de su vida.

—Yo te puedo decir de qué se trató ayer la clase de historia. Y no voy a informarte que la clase es de historia.

—Ay Cecilia, ¡ya cállate! ¿A quién le importa?

Es cierto: la vida es más cómoda si no te pones a preguntar de qué se trató la clase de física, sobre todo cuando la clase de física no se trató de nada, absolutamente de nada.

Marta había leído varios artículos de psicología. De hecho, cada vez que se encontraba algo sobre adolescentes, lo leía con avidez. A veces se quedaba un buen rato mirando las revistas en el Sanborn's. Recordaba lo que había escrito un pedagogo especializado en estudiantes de escuelas secundarias; en su artículo, llamaba la atención sobre los peligros del tabaco y de las drogas. "Los jóvenes comienzan a utilizarlos por la presión que ejerce sobre ellos el grupo al que quieren integrarse; existe la amenaza implícita de la expulsión cuando alguno de ellos se niega a probar lo que los demás usan habitualmente." ¿Cómo reaccionaría Cecilia ante situaciones como ésta? Una cosa conduce a la otra y no es raro que los jóvenes aficionados a las drogas se vean envueltos en asuntos delictuosos; las conclusiones del artículo eran aterradoras: armas, asaltos, violencia, cárceles.

¿Por qué Cecilia se había ido a meter en ese grupo de gente tan desagradable? Si ella solía tener unos amigos que se veían itan decentes! Sus amigos del año pasado eran todos muy buenos muchachos, muchachos en los que una podía tener confianza. Hacían tardeadas, organizaban días de campo, estudiaban juntos. Era un verdadero enigma para Marta el motivo por el cual Cecilia los había dejado de frecuentar. Y no había manera de preguntarle nada. En cuanto trataba de acercarse a ella, en plan confidencial, a platicar sobre sus amigos, Cecilia se ponía como un erizo y sus respuestas eran tan cortantes que ya no daban ganas de seguir hablando.

"¿Por qué me trata así?" se quejaba Marta con Manuel. "¿Por qué me contesta de esa manera?" Y él le decía que no se preocupara tanto. A esa edad todas las niñas se ponen un poco raras. Pero eso no era verdad.

Marta conocía docenas de muchachas de la edad de Cecilia que eran perfectamente normales.

—¿No le estaremos dando demasiada libertad? Tal vez hay que acortarle un poco más la rienda.

—Tú lo que quieres —decía Manuel— es que haga exactamente lo mismo que hace ahora, pero a escondidas.

Manuel siempre sonaba itan razonable! Pero no la convencía. Porque había demasiados peligros: no podía hacerse de la vista gorda. Marta no era una mujer conservadora. Estaba de acuerdo con muchas de las ideas de Manuel que era, francamente, liberal. Pero eso de la libertad. . . tiene sus riesgos. Sobre todo cuando la gente es ignorante.

Marta estaba de acuerdo en el derecho de Cecilia de ser propietaria de su cuerpo. Era una bonita idea ésa. Sin embargo, Cecilia era sumamente cándida. Y la verdad es que no tenía por qué saber de todas las miserias del mundo. Tanta libertad ¿no la estaba poniendo en peligro?

—¿Cuál peligro? —decía Manuel.

—Tú sabes perfectamente bien cuál peligro. Por ejemplo, ¿qué ocurre si la embarazan? —decía Marta aterrada.

No es que fuera conservadora, pero tampoco era una ingenua. Era cierto que ahora las cosas se veían de manera distinta, pero eso no significaba que todo hubiera cambiado de la noche a la mañana. Los hombres, en cuanto tienen una oportunidad, se aprovechan. Y eso, el sexo, no era un asunto como para jugar. No se puede andar por ahí nada más probando. Un descuido y izaz!, la vida de una muchacha queda arruinada para siempre.

—Cecilia no es tonta —decía Manuel.

“¿No? No, es tontísima”, pensaba Marta.

La cocina olía a café recién hecho. En uno de sus rincones, la Dolly devoraba su comida. Marta había puesto en el lugar de Cecilia un jugo de naranja recién exprimido, dos rebanadas de pan tostado con mantequilla y una taza de leche caliente. En la mesa, sobre el mantel limpio —y junto a la charola del pan, el frasco de mermelada, la jarra del agua, el azúcar y el café instantáneo— había esta vez un florerito con un ramo de geranios. Cecilia ocupó su sitio y ni siquiera volteó a mirar las flores recién cortadas del pequeño jardín que Marta cuidaba con tanto cariño.

—¿Estrellados o revueltos? —dijo Marta, fingiendo que no se había dado por enterada de que Cecilia se había olvidado de decir: “buenos días mamá, ¿cómo amaneciste?”

—No quiero huevos —dijo Cecilia.

—Entonces ¿qué vas a desayunar?

—Pan, café con leche y jugo —respondió señalándolos.

—Pero. . .

—¡Con eso tengo suficiente, mamá! —protestó Cecilia antes de que Marta pudiera completar la frase—. Además, ya es tarde; apenas me da tiempo de comerme esto.

Marta sabía que a veces Cecilia se levantaba de muy mal humor; se estaba volviendo demasiado desconsiderada. Pero como no estaba con ánimos para pelear, se sirvió un café negro y se sentó junto a Cecilia.

Siempre había pensado que el desayuno era la comida más importante del día, y con esa convicción había organizado la alimentación de su familia durante toda su vida de casada. No había habido mañana en que mandara a sus hijos sin un abundante desayuno en la panza. Durante dieciséis años, Cecilia había desayunado todo lo que Marta le había dado. Y ahora le salía con la novedad de que “no tenía hambre por las mañanas”.

Nunca había sido de buen comer. En realidad, Marta había batallado con ella desde muy chiquita porque nunca tenía hambre. Pero, con un poco de insistencia, acababa por comerse todo; hasta ahora, que comía solamente lo que le gustaba y cuando se le pegaba la gana. Ya no había manera de obligarla a comer. Por más que Marta se preocupara y le advirtiera que estaba muy flaca.

—Tienes que comer mejor —dijo Marta.

—Ay, mamá, ¿ya vas a empezar?

No. Esta mañana, Marta no iba a empezar. Y no era que estuviese de acuerdo; era sólo que no tenía ganas de pelear. Pero estaba segura de que Cecilia estaba anémica. Estaba segura de que la mala alimentación terminaría por enfermarla. Era una discusión vieja y nunca había podido ganar a Manuel para su causa. Desde que recordaba, cuando alguno de sus hijos no quería comer y ella se quejaba con él de que sus esfuerzos por alimentarlo eran infructuosos, él simplemente contestaba:

—Déjalo; que coma cuando tenga hambre.

Pero ella sabía que era necesario comer.

Mientras mastica su pan, abre el cuaderno y trata de encontrar algún sentido en el apunte que tomó durante la última clase; mientras lee, no puede evitar que el sonsonete de la voz del maestro resuene en su cerebro: "no importa si la aceleración está producida por efectos gravitacionales o eléctricos, o por alguna interacción desconocida a lo largo de la línea que une las partículas que interactúan, o que sea isotrópica. Los cuerpos se atraen en relación inversa con el cuadrado de la distancia de sus masas y en relación inversa con el cuadrado de la distancia que los separa".

Cecilia quería que todas las clases fueran intensas. Como la de historia que se había tratado de la Comuna de París. La maestra de historia siempre era apasionada. Cada asunto sonaba como si en ello se le estuviera yendo la vida. De Egipto a los zares, de la trata de esclavos al Plan de Ayala, la clase de historia tenía fama de no sujetarse nunca a los planes de estudio. La maestra era una oradora, una memorista lírica que leía incesantemente asombrada por el devenir del tiempo y hablaba sin preocuparse ni por las épocas ni por las continuidades, desde el comienzo del tiempo hasta el año 2000. Desde el arco y la flecha hasta la bomba atómica. Desde el telar hasta la rotativa. La historia estaba llena de personajes vitales, ideas astutas, matanzas ignominiosas. Y era por eso que nadie le había podido reclamar a esa maestra que sus clases no se sujetaran a los programas oficiales.

La clase de física parecía, sí, sujetarse a los planes. Asombrosamente. ¿Acaso no podían las dos clases tratarse de lo mismo? Cecilia intuía que el arco y la flecha estaban relacionados con las poleas, las masas y las fuerzas. Después de todo, la bomba atómica seguramente estaba hecha de los mismos átomos que se ionizaban en el capítulo siete del libro de física, cuyo índice, que el profesor visitaba invariablemente cada clase, tampoco le permitía enterarse muy bien de qué se trataba la física.

" F es proporcional a M por M' entre r^2 "

" F es proporcional a M por M' por r entre r^3 "

" r entre r es proporcional a \hat{r} "

" \hat{r} es el vector unitario en la dirección de r "

"Para convertir una relación de proporcionalidad en una igualdad hace falta una constante, la constante de gravitación universal. El campo se define como aquello que produce la fuerza que una partícula de prueba sentiría si la pudiéramos a interactuar con la partícula original.

$$"E = M/r^2$$

$$"V(r = \infty) = 0$$

"La interacción eléctrica es completamente análoga a la interacción gravitatoria. La constante de proporcionalidad no es la constante de gravitación universal, sino la constante de la ley de Coulomb".

—Ya es hora de irnos —dice Marta.

Cecilia levanta la mirada del cuaderno.

—¿Qué hora es?

—Seis y veinticinco. Tienes que cepillarte los dientes.

—De todas formas, no estaba entendiendo nada —dice Cecilia.

Mete el cuaderno en el morral, se levanta de la mesa y, de pie, termina de beberse el jugo a toda prisa. Luego echa a correr escaleras arriba.

Marta suspiró mientras terminaba de beberse su café; había estado observando a su hija mientras estudiaba. Traía la indumentaria de siempre: el suéter rojo, los pantalones de mezclilla y los tenis azules. Por el cuello del suéter asomaban unas rayas verdes y blancas: se había puesto otra vez esa horrenda playera; estaba tan vieja y luida que casi se transparentaba. Pero no había nada en el mundo que le gustara tanto a Cecilia como esa prenda.

En el momento en que Cecilia terminó la secundaria, y con ella la obligación de usar uniforme, Marta creyó que estaba a punto de regresar a esa feliz época de su vida en que se había dedicado, junto con sus hermanas, a los trapos. Nunca habían sido ricas; por el contrario. Pero siempre habían sabido ingeniárselas para conseguir ropa, arreglarla, combinarla y constituir, entre todas, un vestuario presentable. Además, a Marta le gustaba coser y lo hacía bien. Así es que podía pasarse horas entretenida en esa labor. De soltera se había preocupado tanto por ir bien vestida y se había dedicado con tanto esmero a ese fin, que no podía concebir la idea de que una mujer no estuviese interesada en la ropa.

Por eso le causaba tanta extrañeza que Cecilia no sólo mostrara un total desinterés por su apariencia, sino que inclusive se esforzara en ir lo peor vestida posible. Claro que ahora tampoco eran tan ricos como para comprarle a Cecilia todos los vestidos que a Marta le hubiera gustado que usara. Pero Cecilia también podía aprender a coser, ¿cuál era el impedimento? Marta estaba dispuesta a enseñarle y a ayudarla. Inclu-

sive, hubiera estado dispuesta a coserle todo lo que a ella se le hubiese antojado, si sólo se le hubiese antojado tener algo realmente bonito. Pero no le gustaba la ropa bonita. No le gustaba la ropa elegante. No le gustaba nada. Andaba hecha una verdadera porquería con esos pantalones de mezclilla viejísimos, sus playeras y sus tenis.

La discusión había comenzado el día que Cecilia entró a la preparatoria y dejó de usar uniforme. Aquella mañana, al verla lista para ir a clase, Marta le dijo:

—¿Vas a ir así?

—¿Cómo? —contestó Cecilia como si no entendiera.

—Así, con esa ropa.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

—Pues nada, pero te podrías poner un vestido.

—Todo mundo usa pantalón, mamá.

—Bueno —decía Marta, a quien le gustaba andar a la moda—. Pero ¿por qué no te arreglas un poco?

—¿Qué quieres que me arregle?

—Por ejemplo, arréglate esos pelos.

Y al llegar a ese punto, Marta estaba tan enojada que sonaba más bien agria, y ya no encontraba la manera de convencer a Cecilia de que tratara de verse mejor, de que se pusiera tubos, de que se maquillara aunque sólo fuera un poquito. No; Cecilia prefería traer el pelo lacio, mal cortado, y la cara pálida y sin brillo. En fin, pensaba Marta; es muy joven. Con el tiempo comenzará a preocuparse por eso.

Lo que era insoportable era su descuido en la ropa. Entonces Marta consideró que sería una buena táctica dejar de lavarle precisamente las prendas que más usaba. Cuando las encontraba en el cesto de la ropa sucia, simplemente las hacía a un lado. "A ver qué se pone ahora".

Pero Cecilia ni siquiera protestó y comenzó a usar los mismos pantalones sin lavar durante semanas, y se robaba las playeras de sus hermanos.

En el peor momento de esa pelea, Cecilia comenzó a usar la famosa playera verde que alguno de los muchachos ya había desechado porque estaba muy vieja. Marta amenazó:

—Si te vuelves a poner esa playera, voy a tirarla a la basura.

Entonces, Cecilia simplemente no se la quitaba. Marta cedió pronto: "siquiera que ande limpia", pensó. Desde entonces, lavaba, tendía, planchaba y doblaba las cuatro o cinco prendas preferidas de Cecilia

cada vez que tenía oportunidad de hacerlo. Y se quejaba amargamente con Manuel:

—Es que parece retrato.

Manuel trataba de contemporar. Después de tanta insistencia, la preocupación de Marta comenzaba a producirle cierto efecto. Era verdad que su hija se comportaba de una manera un poco extraña; y era cierto que su aspecto dejaba mucho qué desear.

—Tiene razón tu madre —terciaba a veces, tratando de resolver la discusión—. Deberías de arreglarte un poquito mejor.

—¿Cómo? —contestaba Cecilia que podía ser muy discutidora.

—Pues. . . con ropa un poquito más. . . femenina.

—¿Por qué tengo que ser femenina? Es incómodo.

Tal vez no haya sido el sueño de los planetas, piensa mientras se cepilla los dientes, sino un sueño nuevo. Eso era más lógico: cada noche uno sueña cosas distintas y lo raro es que un sueño se repita tanto como el de los planetas. Si no, dormir sería tan aburrido como la clase de física. No quiere pensar en sus sueños, pero tampoco en la clase de física. Y tampoco en la llamada de ayer en la tarde ni en ese muchacho que tiene tan preocupada a Marta ni en su gentil pero definitiva despedida.

Marta se puso su suéter. Nunca se había preocupado mucho por el horario de sus hijos en la escuela. Hasta que Cecilia entró a la preparatoria. Para llegar a clase de siete tenía que salir a las seis y media de la mañana, atravesar la avenida y tomar un autobús. A esas horas en invierno todavía estaba oscuro y hacía mucho frío. Pero la preparatoria estaba razonablemente cerca; uno podía llegar a pie en cosa de veinte minutos. Así es que Cecilia prefería evitarse la aglomeración del autobús y caminaba por esas calles a oscuras mientras que a Marta se le helaba de miedo el corazón. Pero no podía ofrecerse a llevarla a la escuela porque ya sabía cómo era Cecilia; simplemente no se iba a dejar.

—Podrías decir que vas a acompañarla; que necesitas caminar, hacer ejercicio —le dijo Manuel.

—¡Como si necesitara hacer ejercicio! —dijo Marta.

—Bueno —dijo Manuel— ¿qué tal si le dices que tienes que sacar a pasear a la perra?

Con la perra siempre había habido ese problema. Cuando el mayor de los hermanos de Cecilia la llevó a la casa, Marta protestó enseguida. ¿Quién se iba a ocupar de ese animal? ¿Quién iba a darle de comer?, ¿quién iba a cuidar que siempre tuviera agua? ¿Quién iba a bañarla, quién iba a sacarla al jardín? Todos los niños, incluso Cecilia, habían prometido que se harían responsables de las necesidades de la perra. Desde luego, a los pocos días era Marta y sólo Marta la que cuidaba a la Dolly —y Marta no se quejaba porque la Dolly era una perra leal e inteligente que respondía a su voz con docilidad y le hacía compañía por las mañanas. Sin embargo, todos sabían que la perra tenía que salir; era un crimen tenerla encerrada todo el día en ese pequeño espacio. “Los perros tienen que correr”, decía Marta, y les pedía a sus hijos que sacaran a la Dolly a dar un paseo. Nunca nadie tenía tiempo.

—Es una buena idea —dijo Marta.

Cecilia ni rechistó. Siempre parecía estar pensando en otra cosa. Así es que aquella mañana se dejó acompañar por su madre, mientras la perra corría alborozada a olisquear cada árbol, cada esquina, cada rincón. Madre e hija la miraban retozar hasta que Marta rompió el silencio.

—¿Cómo están tus amigos? Toño y Violeta, José Luis, Margarita y todos los demás —dijo.

—No sé, mamá.

—¿No los has visto? —insistió Marta.

—No —contestó Cecilia escuetamente y siguieron caminando en silencio durante un buen rato.

A veces la propia Cecilia se preguntaba por qué el interés de su madre le producía una reacción tan hostil. No era fácil explicárselo, y sin embargo era cierto que resentía la mirada crítica de Marta. Resentía que Marta le exigiera ser distinta de como era. Resentía que siempre la viese con desaprobación. ¿Acaso no había nada en ella que le gustara, algo que la obligara a sonreír, a asentir con la cabeza? Ahora tal vez lo que necesitaba era un poco de simpatía, reconocimiento y aprecio; pero no supo de dónde sacar las palabras para pedirlos.

A lo mejor ahora lo que necesitaba era hablar con otra mujer acerca del sueño de los planetas, acerca de la clase de historia y acerca, sobre todo, de esa llamada telefónica en la que ya no quería pensar. Hubiera querido decir: “mamá, estoy triste porque alguien se fue”. Hubiera querido ser capaz de explicarle a Marta todo lo que sentía a causa de

esa ausencia, y que Marta llenara su vacío y evitara la inmensa soledad del amor con la misma magia con que le había curado todos los dolores cuando era una niña.

Pero el camino hacia sus brazos protectores se había cerrado para siempre sin saber ni cómo y ahora eran dos mujeres lejanas la una de la otra, perdidas la una para la otra, y la niña ya sólo quedaba en la memoria y en las almohadas húmedas del sueño. Cecilia intuía también que ser mujer era renunciar a aquella niña y oponerse de manera frontal a la mirada crítica de su madre. Ser mujer era aquella soledad incurable.

Después de un rato, el paseo había terminado. Al fondo de la calle, bajo el horizonte oscuro de aquella ciudad de montañas, madre e hija vieron alzarse los muros de la preparatoria. Marta sabía que era el momento de dar la media vuelta pues a Cecilia no le iba a gustar que sus compañeros la vieran llegar a la escuela acompañada de su mamá.

—Aquí me regreso —dijo y extendió la mano para tocar el hombro de Cecilia que caminaba mirando hacia el frente.

—Hasta luego, mamá —dijo Cecilia.

Y en el momento de voltear para despedirse vio el resplandor del sol que estaba saliendo a espaldas de su madre; y vio la cara de su madre y durante unos segundos fue de día y fue de noche al mismo tiempo ante los ojos asombrados de Cecilia, y las imágenes del sueño regresaron y supo que Marta estaba ahí, en el sueño, igual que estaba ahora ofreciéndole el espectáculo inmenso del amanecer detrás de los cabellos todavía sin peinar de la mañana.